

NEW LEFT REVIEW 95

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2015

	ARTÍCULO
WOLFGANG STREECK	¿Por qué el euro divide a Europa?
	NUEVAS MASAS
ZHANNA ANDREASYAN y GEORGI DERLUGUIAN	Protestas por el precio del combustible en Armenia
DANIEL FINN	Las guerras del agua en Irlanda
	ARTÍCULOS
PAIK NAK-CHUNG	El doble proyecto de la modernidad
FREDRIC JAMESON	Una relectura de <i>Vida y destino</i>
CLAUDIO MAGRIS	La novela como criptograma
	CRÍTICA
DYLAN RILEY	¿La propiedad guiando al pueblo?
EMILIE BICKERTON	<i>Just Remember This</i>
TONY WOOD	Las vidas de Dzhughashvili
ROBIN BLACKBURN	Oro blanco, trabajadores negros

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

NUEVAS MASAS: IRLANDA Y ARMENIA

En este número de la NLR continúa la serie de artículos «Nuevas masas, nuevos medios de comunicación», examinando el carácter de las recientes protestas acaecidas en Armenia e Irlanda, ambas provocadas por la subida de los precios de los productos básicos: la electricidad en un caso y el agua en el otro. Con una población similar —4,5 millones (Irlanda) y 3 millones (Armenia)— la primera tiene el triple de superficie que la segunda. Históricamente, ambos países han sido modelados por su situación entre dos poderes imperiales: Gran Bretaña y Estados Unidos, Turquía y Rusia. Si bien hay un estremecedor paralelismo entre el número de muertes causadas por la hambruna irlandesa y por el genocidio armenio —entre 800.000 y 1.000.000 de personas—, la maldad política y moral de las políticas deliberadamente exterminadoras de los Jóvenes Turcos tiene un carácter diferente a la arrogancia del *laissez faire* del colonialismo británico. Como señal de estos oscuros pasados, en ambos casos la diáspora supera significativamente a la población del país. En los últimos tiempos los dos países se han encontrado en los márgenes de grandes uniones económicas, la UE y la CEI; como consecuencia, sus trayectorias en la década de 1990 fueron diametralmente opuestas. Dentro de la Unión Soviética, Armenia había sido un centro industrial cualificado, especializado en bienes de maquinaria y productos electrónicos. Después de haber sido golpeada por el terremoto de 1988, su economía sufrió una de las contracciones más acusadas de la antigua URSS, ya que los trastornos en el sector industrial se vieron agravados por la guerra y el bloqueo. El PIB del país cayó desde 2,25 millardos de dólares en 1990 a 1,2 en 1993; no recuperó el nivel de la era soviética hasta 2002. Para entonces la población había disminuido el 15 por 100, desde 3,54 millones en 1990 a apenas 3 millones; en 2013 bajaba hasta los 2,97 millones. El sector de la construcción, impulsado principalmente por la inversión extranjera y los envíos de dinero de la diáspora (cálculos conservadores la sitúan en 7 millones de personas, el contingente mayor, en Rusia, y los más ricos y mejor organizados, en Los Ángeles) se ha convertido en el principal motor del crecimiento, alimentando también un gran economía en la sombra; las privatizaciones han puesto activos clave, incluyendo la producción eléctrica y del sector de I+D, en manos rusas. Desde 2014, las exportaciones armenias a Rusia se han visto afectadas por el desplome del rublo, lo que a su vez ha debilitado al dram. Mientras tanto, Irlanda, que desde 1973 se había beneficiado de los fondos estructurales y agrícolas de la Comunidad Europea, asistió al despegue de su economía a principios de la década de 1990, cuando la república se convirtió en el destino preferido de las multinacionales estadounidenses debido a su baja presión fiscal en el seno de la UE. El PIB irlandés se multiplicó por dos entre 1990 y 1999 para triplicarse de nuevo entre 2000 y 2007, cuando se produjo el boom de la construcción alimentado por el crédito. Desde la crisis, sus ciudadanos se han visto obligados a cargar con rescates bancarios equivalentes a aproximadamente el 37 por 100 del PIB, sufriendo un acusado recorte del gasto público. A continuación, Zhanna Andreasyan, Georgi Derluguian y Daniel Finn analizan la naturaleza de las protestas y sus posibles resultados.

ZHANNA ANDREASYAN Y GEORGI DERLUGUIAN

PROTESTAS POR LOS PRECIOS DE LA ENERGÍA EN ARMENIA

LA OCUPACIÓN DURANTE tres semanas de la principal avenida de Ereván acabó con una nota amargamente cómica, digna de un relato de William Saroyan. Cuando el 6 de julio entró en acción la policía antidisturbios para dismantelar las barricadas de contenedores y expulsar a los manifestantes que quedaban, se oyó al jefe de la policía instando a sus tropas paternalmente para que actuaran con cuidado: «Despacio, despacio, estos son nuestros hermanos y hermanas; han conseguido la victoria para todos nosotros». Semejantes peticiones, realizadas mientras las cámaras de televisión grababan la escena para los telediarios, podían sonar condescendientes si es que no directamente cínicas, pero quizá en el contexto de Armenia hay más cosas a tener en cuenta. En los primeros días de las protestas, provocadas por la repentina subida de los precios de la electricidad decretada por el gobierno, nuestro colega Petr Liakhov registraba una típica observación de un espectador: «Estos chicos parecen tan llenos de romanticismo, ¡como yo mismo en 1988! Solía plantarme en el mismo sitio. Ahora ya sabes cómo acabó todo»¹. Resultaba que la observación procedía de un coronel del ejército armenio. «¿Cómo me convertí en lo que soy? Una progresión lógica. Primero, en 1989, abandonando los estudios y uniéndome a una “formación armada ilegal”», término utilizado por la policía de la era soviética para referirse a las guerrillas nacionalistas; «después, una vez que tu “formación armada ilegal” gana la guerra, se convierte en un ejército nacional legal en el que, con cierto grado de diligencia, puedes ascender de grado».

¹ Nuestro sincero agradecimiento a Petr Liakhov, investigador de la Universidad de Toronto, por su ayuda para entrevistar a activistas en Ereván durante las protestas por el aumento de los precios de la energía en junio-julio de 2015.

La guerra se libró sobre el enclave del Alto Karabaj, un territorio de población armenia que durante la época soviética fue una provincia autónoma de Azerbaiyán². Las fuerzas armenias todavía controlan una quinta parte del territorio de Azerbaiyán dentro de un perímetro fuertemente fortificado que incluye a la república de Karabaj (no reconocida oficialmente) y la despoblada zona de protección que la rodea; toda la zona está ahora pegada al territorio armenio. Mientras tanto, Azerbaiyán –un país rico en petróleo con una población tres veces la de Armenia y una economía ocho veces mayor– ha proclamado a los cuatro vientos su rearme militar con un gasto en armamento durante la década pasada que supera todo el presupuesto nacional armenio, al mismo tiempo que Bakú reafirma su derecho soberano a reanudar las hostilidades. Durante el periodo de la *perestroika*, a finales de la década de 1980 se produjeron grandes y apasionadas manifestaciones en las calles de Ereván y Bakú, que condujeron a un violento conflicto étnico entre las dos repúblicas soviéticas, ambas hasta entonces leales a Moscú. Las explicaciones estándar de «odios ancestrales» o del choque entre el islam y la cristiandad no pueden explicar el calendario de estallidos de violencia interétnica en el Cáucaso durante el siglo pasado: en 1905, 1917-1920 y de nuevo entre 1988 y 1994. Cada una de estas veces, un cuestionado control político y una generalizada incertidumbre contribuyeron a llevar a un punto de inflexión unas tensiones estructurales y demográficas que ya existían en los mercados agrarios, los sectores urbanos y los estratos profesionales; en un escenario multiétnico estas tensiones tendieron a adquirir dimensiones sectarias. Y en momentos de transición histórica, el impacto de pequeños acontecimientos periféricos puede magnificarse de maneras impredecibles; a finales de la década de 1980 los horribles pogromos en Azerbaiyán y la aparición de *fedayines* armenios sirvieron para poner de relieve la impotencia y desorientación del gobierno de Gorbachov, contribuyendo así a precipitar la disolución de la superpotencia.

¿Una revuelta no tan colorida?

Actualmente, las protestas populares que alcanzan un nivel estatal en las antiguas repúblicas soviéticas, como Georgia o Ucrania, se inscriben inevitablemente en el contexto de la renovada rivalidad entre Rusia y

² Los medios anglófonos se refieren por lo general al Alto Karabaj por su nombre en ruso, Nagorno Karabaj, probablemente porque los periodistas occidentales que cubrieron el conflicto de 1988 estaban más familiarizados con el ruso que con el armenio. *Nagorno* (o *nagorny*) significa simplemente «montañoso» en ruso. En armenio el nombre es Lernayin Garabaj.

Occidente. Después de convertirse por sorpresa en el sucesor de Boris Yeltsin en 1999, Vladimir Putin buscó restablecer la posición de Rusia en el escenario mundial. Nunca cuestionó la teoría económica neoliberal que apuntalaba la riqueza de su compinchada clase capitalista; tampoco se planteó revivir los elementos de la ideología leninista. El neosovietismo de Putin era estrictamente geopolítico y estaba impulsado sin ambages por un nacionalismo de superpotencia. En las antiguas repúblicas soviéticas cercanas, Moscú apoyó regímenes afines de presidentes vitalicios (*de iure* o *de facto*), la mayoría procedentes del antiguo aparato comunista y sus descendientes. Estos clanes gobernantes respondieron a la coyuntura histórica de 1991 secuestrando de modo oportunista las demandas clave de la intelectualidad liberal. Como en la propia Rusia de Yeltsin, la soberanía nacional y las contiendas electorales ayudaron a reinstalar en la cima de los mermados Estados periféricos a los antiguos prefectos provinciales. Sus nuevos partidos funcionaron de manera muy parecida a las «máquinas políticas» del Tammany Hall, fundiendo populismo, patronazgo corrupto y, en ocasiones, el gansterismo directo. Después, las privatizaciones transformaron a los parientes y clientes de estos presidentes en oligarcas que les apoyaban. Sin embargo, estas caóticas transiciones también podían dar origen a «clanes» oligárquicos en feroz competencia, cuyos feudos tendían a aumentar durante las elecciones, algunas veces con resultados explosivos. El sociólogo ruso Dmitri Furman calificó a estos regímenes de «democracias de imitación», con una fachada democrática que permitía que Occidente ignorara, con apagados lamentos, el lado negativo de sus «socios» poscomunistas siempre que aceptaran dócilmente su lugar en el nuevo orden mundial³.

Con el tiempo, el benigno abandono otorgado a la periferia postsoviética se encontró con crecientes problemas. En vez de evolucionar gradualmente hacia algo más auténticamente occidental, las instituciones del Estado de las democracias de imitación tendieron a desgastarse mientras su base se estrechaba inexorablemente con cada ronda del «juego de las sillas» entre los inseguros componentes del círculo interior. La tendencia apuntaba hacia la aparición de dictaduras sultanescas expuestas a colapsos futuros en medio de las inevitables disputas por la sucesión, mientras se abría potencialmente la puerta a estallidos más efectivos de ira popular. Enfrentados a esta inestabilidad a lo largo de la enorme

³ Véase Dmitri Furman, «Imitation Democracies», *NLR* 54, noviembre-diciembre de 2008. [ed. cast., «Repúblicas exsoviéticas: democracias de imitación», *NLR* 54, enero-febrero de 2009].

región que se extiende entre China, Rusia, Oriente Próximo y la UE, y con sus preocupaciones centradas en otros lugares, los políticos occidentales eligieron intervenir selectivamente, es decir, con bajos costes en términos relativos, favoreciendo a las facciones ganadoras en la oleada de «revoluciones de colores» que marcaron la primera década del siglo. Estas facciones estaban compuestas normalmente por oligarcas jóvenes agraviados, un puñado de ideólogos de la *intelligentsia* de 1989, y nacionalistas de la diáspora, todos los cuales depositaban sus esperanzas en la ayuda de Occidente, tanto por razones políticas como por apremiantes razones económicas. Los vencedores de las «revoluciones de colores» en países como Ucrania (naranja) y Georgia (rosa) intentaron fortalecer su demanda de admisión en la OTAN o en el club de la UE, apelando a la amenaza de la Rusia imperial. Moscú estaría realmente encantado de fomentar un imperio informal en su parte más débil en nombre de la «comunidad internacional». Mucho antes de la ascensión de Putin al poder, destacadas voces del neoliberalismo ruso habían declarado que un imperio regional de esa clase era inevitable y que sería un verdadero servicio para el nuevo orden mundial. Pero la hegemonía estadounidense y sus socios de la UE no tenían lugar en sus planes para las ambiciones de la Rusia poscomunista; de ahí la renovada Guerra Fría que estalló en 2008 en los campos de batalla de Georgia y, a una escala mucho mayor, en el este de Ucrania en la actualidad.

Este mes de junio, cuando se propagaron las noticias sobre las barricadas que se estaban levantando en el centro de Ereván, a pocos pasos del Parlamento armenio y del palacio presidencial, los vigilantes políticos presentes entre los periodistas moscovitas y los expertos en seguridad percibieron inmediatamente el espectro de otro Euromaidán al estilo ucraniano y pidieron una respuesta contundente. La blogosfera rusa estaba saturada de morbosos relatos sobre misteriosas cajas que se descargaban en la embajada de Estados Unidos en Ereván y de paquetes de *lavash* –las tortas de pan locales– envenenadas con drogas que se distribuían a los ingenuos manifestantes. Pero este coro acabó tan rápidamente como había empezado, mostrando que esta vez el Kremlin había decidido no agravar la situación.

Desde una perspectiva más sensata se pueden observar importantes paralelismos entre Ucrania y Armenia. Ambos países son empobrecidas repúblicas postsoviéticas con funcionarios patentemente corruptos; ambos tienen grandes diásporas bien organizadas y una experiencia

reciente de importantes movilizaciones políticas; y ambos son democracias de imitación, vulnerables a las presiones de oligarcas desafectos y de intelectuales nacionalistas. Esta clase de oposición solo necesita esperar que aparezca la oportunidad de explotar un estallido formidable de ira popular. En Kiev, la última revolución fue desencadenada en noviembre de 2013 por la repentina reluctancia de Yanukóvich a firmar un tratado con la UE, ampliamente interpretada como una negativa para imponer unas normas más civilizadas sobre la policía y los funcionarios públicos, todo ello, aparentemente, a instancias de Moscú. En Ereván, la chispa se produjo en junio de 2015 por un aumento verdaderamente pequeño del precio de la electricidad que, no obstante, fue percibido por muchos como un intento intolerable de tapar el despilfarro y la corrupción, al mismo tiempo que servía dócilmente a los intereses económicos rusos que habían llegado a controlar importantes sectores de la economía armenia mediante la privatización de activos públicos para amortizar la deuda pública; una situación no muy diferente a las penalidades de Grecia. Pero en Ereván, a diferencia de Kiev, las autoridades, la policía y los manifestantes mostraron una considerable moderación, ahorrando afortunadamente a Armenia la aparición en los titulares de la prensa mundial. El carácter pacífico de las protestas –asiduamente mantenido– merece una explicación. Lo más importante es que señala que nuevas fuerzas sociales parecen estar surgiendo por la zona postsoviética, trayendo energía joven y tácticas innovadoras para afrontar las formidables disyuntivas, tanto políticas como organizativas, a las que se enfrentan esas sociedades.

La construcción moderna de un antiguo país

Los armenios están orgullosos de la antigüedad y resistencia de su nación, que mantiene su nombre desde el siglo V antes de nuestra era. La esvástica multirradial, el antiguo símbolo del carro-sol, ha sido común aquí desde la Edad de Bronce y todavía sobrevive en ornamentos populares y diseños de alfombras. El lenguaje forma una rama separada del árbol indoeuropeo, junto al griego, el celta, el alban o el persa. En el año 301 Armenia se convirtió en el primer reino oficialmente cristiano, alrededor de ochenta años antes de que lo hiciera el Imperio romano. Su Iglesia todavía sigue diferenciándose de las tradiciones católicas y ortodoxas. Las treinta y ocho letras del alfabeto armenio han cambiado poco desde su invención en el año 405 por el monje Mesrop Mashtots. Recientemente, cuando un cantero local vino a hacernos algunas reparaciones, vio una colección de monedas antiguas en un pupitre: *sestertii*

romanos del año 164, que proclamaban triunfantemente a Marco Aurelio «Augustus Armeniacus» por su victoria en la última guerra fronteriza con los partos. Al verlas, Khachik, el maestro cantero con aires de enano, soltó amargamente: «También trató de dominarnos a nosotros, ¿no es así? Dime, ¿dónde está ahora tu Marco Aurelio? Nosotros seguimos aquí, cortando piedra».

Durante la década de 1920 diferentes naciones entraron a formar parte de la Unión Soviética desde niveles enormemente diferentes de desarrollo, capitalista, feudal o nómada; los armenios llegaron desde más allá de la tumba. Al comienzo de la Primera Guerra Mundial, la frenética dictadura de los Jóvenes Turcos decidió, en secreto, resolver el problema armenio mediante la completa deportación y aniquilación de las poblaciones cristianas que quedaban en Anatolia. A partir de 1915, más de un millón de armenios otomanos fueron masacrados en lo que se convirtió en el primer genocidio del siglo xx. Después de que en 1918 se impusiera a los bolcheviques el Tratado de Brest-Litovsk, una pequeña zona residual alrededor de la ciudad de Ereván, en manos rusas, llena de los traumatizados supervivientes y huérfanos, fue proclamada la República de Armenia. En 1921 el ejército bolchevique ganó la guerra civil e incorporó a la Unión Soviética lo que quedaba de Armenia. Comparada con los horrores de la historia reciente (y antigua), esta conquista fue aclamada como una salvación nacional incluso por las comunidades de la diáspora armenia en Oriente Próximo, Francia y Estados Unidos. La integración en el desarrollismo soviético permitió que muchos armenios alcanzaran posiciones prominentes, por encima de todos, el miembro más duradero del Politburó, Anastás Mikoyán, cuya envidiable longevidad política quedó recogida en un juego de palabras: desde *Ilich* (Vladimir Ilich, Lenin) a *Ilich* (Leonid Ilich Brezhnev), sin un *paralich* (una hemiplejía paralizante).

Como recogen inscripciones cuneiformes, la propia ciudad de Ereván, o Erebuni, fue fundada en el año 782 antes de nuestra era en el fértil valle del monte Ararat, cuyas grandes y nevadas cimas dominan las vistas de la ciudad. Esta fundación fue anterior a la de Roma, como señalaría cualquier buen armenio, pero durante siglos fue repetidamente incendiada, saqueada y abandonada, la última vez, a principios del siglo xvii por orden del monarca persa Sah Abbas, que puso en práctica una estrategia de tierra quemada con deportaciones en masa para impedir que sus rivales turcos otomanos avanzaran a través del valle. En 1918, cuando Ereván

fue proclamada la capital de la Armenia moderna, era un polvoriento páramo con pocos puntos de referencia sobre el terreno. Con el Tratado de Kars, el monte Ararat quedó al otro lado de la frontera turca; como dice el poema armenio, «como la luna, Ararat brilla fuera de nuestro alcance». Las principales metrópolis caucásicas de la época eran Tiflis, ahora, en georgiano, Tbilisi, la encantadora y pintoresca sede del virreinato ruso, y Bakú, el llamativamente ecléctico y maravillosamente cosmopolita centro de la *belle époque* del boom del petróleo, cuando suministraba más de la mitad del petróleo mundial. Pero la Ereván soviética tenía la ventaja del atraso: podía construirse desde cero y de acuerdo a un plan.

Su principal arquitecto, Alexander Tamanian (o Tamanoff en su forma rusificada), se había hecho un nombre bajo el régimen zarista construyendo espléndidas mansiones e iglesias para los aristócratas de Moscú y San Petersburgo, que se caracterizaban por una fusión ornamentada y distintivamente conservadora del neogótico anglo-alemán con la imitación del eslavismo ruso medieval. Tamanian llegó a Ereván como un refugiado de la Revolución de Octubre. Durante las décadas de 1920 y 1930, domesticó ingeniosamente la escala gigantesca y centralista de los diseños de construcción soviéticos revistiendo las carcasas de ladrillo y cemento con piedra toba, de un suave color rosa-marrón procedente de las canteras locales, la misma piedra con la que se habían construido las austeras iglesias medievales en Armenia. Las fachadas de toba hacían que los monumentos de la era estalinista parecieran antiguos, como las iglesias; Tamanian los nacionalizó todavía más con sus ornamentados y tallados bajorrelieves de rosetones, parras y pájaros de fantasía, copiados de manuscritos medievales y magnificados para encajar en las grandes plazas soviéticas. Los vectores modernos de las principales avenidas fueron mitigados por un anillo de frondosos bulevares donde Tamanian levantó la Casa del Ajedrez, la Casa del Cine, la Casa de la Música de Cámara, etcétera. Una estatua de Stalin sobresalía por encima de todo, pero en 1961 fue reemplazada por una figura igualmente monumental de la Madre Armenia. Ereván acabó pareciendo con diferencia la más *nacional* de las capitales de las repúblicas soviéticas y de alguna manera también la más acogedora con la humeante calidez volcánica de su piedra tallada.

En la década de 1960 la Armenia soviética se había convertido en un centro industrial, que había transformado la vida de los antiguos campesinos y artesanos con la modernidad industrial, mientras la población de Ereván alcanzaba el millón de habitantes. Presumía de una improbable

constelación de talentos de categoría mundial: Aram Jachaturián componía sinfonías, Tigran Petrosián era campeón del mundo de ajedrez, Martiros Sarian ampliaba la experimentación posimpresionista con el color. El astrónomo Victor Ambartsumián organizaba conferencias sobre civilizaciones extraterrestres, Robert Sahakyants dibujaba locas historietas y Sergei Paradzhánov filmaba *The Colour of Pomegranates*. Desde cualquier punto de vista, eso era mucho para la todavía relativamente compacta ciudad de Ereván y para la nación de supervivientes que orgullosamente veneraban sus intelectuales. Quizá fue esta variedad de talentos lo que impidió que la *nomenklatura* comunista local emulara los niveles de despotismo y pomposidad que eran habituales en otras repúblicas soviéticas. Significativamente, los funcionarios del partido incluso toleraban las masivas manifestaciones espontáneas en recuerdo del genocidio, que se convirtieron en una tradición anual desde mediados de la década de 1960, quizá porque representaban una peculiaridad local y no tenían un carácter antisoviético. Cuando llegó el programa de reformas de Gorvachov, los ciudadanos de Ereván tenían una larga experiencia en debates no oficiales y reuniones públicas.

El yunque

La democratización de la era de la *glasnost* empezó cautelosamente, con núcleos de jóvenes manifestantes de la *intelligentsia* lanzando campañas en relación al medio ambiente, la herencia cultural y las escuelas⁴. Pero una vez que los armenios de Karabaj plantearon la cuestión territorial a principios de 1988 —y tuvieron por respuesta pogromos por toda Azerbaiyán que despertaron los recuerdos del genocidio—, el nacionalismo unificó de golpe a la población y dejó de lado todas las demás cuestiones. Armenia se convirtió en la primera república soviética en la que la *nomenklatura* local se rindió de hecho ante las movilizaciones populares dirigidas por la *intelligentsia*. La victoria en la guerra de 1991-1994 contra Azerbaiyán supuso una superación del trauma del genocidio y produjo un intenso

⁴ Después del desastre de Chernobyl en 1986, los ecologistas armenios informales exigieron con éxito el cierre de la central nuclear en las afueras de Ereván y reprocharon a Moscú el haber establecido demasiadas empresas químicas en la pequeña y preciosa república. Sin embargo, estas empresas habían proporcionado muchos empleos y la electricidad generada por la central se perdió de mala manera en los *días oscuros* de la guerra y del bloqueo de Turquía y Azerbaiyán. Las actitudes negativas hacia el medioambiente están empezando a cambiar ahora que cada vez más armenios están empezando a sufrir los efectos de la extracción no regulada de cobre, de la construcción comercial y la deforestación.

compromiso patriótico. La unidad política durante la guerra contribuyó a mantener a la *intelligentsia* de la *perestroika* en el poder durante gran parte de la década de 1990. Rompiendo una vez más con el habitual modelo postsoviético, el país no asistió al regreso de políticos excomunistas reclamando representar la autoridad tradicional. No obstante, Armenia no era tan diferente a los demás; después de todo, tras el desplome de la Unión Soviética, el abanico de posibilidades era limitado.

Como señaló Furman, los dirigentes de las protestas de 1989 eran insurgentes, nacionalistas y liberales, pero difícilmente eran demócratas; muchos llegaron a ver su propia supervivencia en el poder como una condición para llevar a la nación por el camino correcto. El presidente fundador de la Armenia postsoviética, Levon Ter-Petrosián, había sido un experto en manuscritos asirios. En agosto de 1993 forzó la dimisión de su ministro de Defensa y potencial rival, Vazgen Manukián, antiguo matemático y viejo compañero de reclusión de Ter-Petrosián en las prisiones del KGB. En 1996, y en medio de una ola de protestas, reescribió la Constitución para asegurar su permanencia en el palacio presidencial. A su vez, el temido ministro del Interior, Vano Siradeghián, había sido un escritor de cuentos infantiles antes de 1988; desde 2000 está huido, acusado de ser el instigador de asesinatos por razones tanto políticas como económicas.

A principios de la década de 1990 las pérdidas de la guerra se vieron agravadas por el colapso económico. Por toda la antigua URSS las industrias perdieron la coherencia que tenían dentro de la Unión y no consiguieron seguir funcionando; los gobiernos postsoviéticos se encontraron privados de ingresos fiscales e incapaces de cumplir obligaciones básicas. La situación en Armenia fue especialmente grave, porque Azerbaiyán había cortado sus conexiones ferroviarias y sus oleoductos. La población tuvo que improvisar estrategias para sobrevivir en medio de una severa depresión económica. Los trabajadores abandonaron las difuntas fábricas y pasaron a la economía de servicios informal, al pequeño comercio o a la subsistencia mínima. La hasta entonces orgullosa intelectualidad tuvo que elegir entre la emigración, ir de un lado a otro a la búsqueda de subvenciones foráneas o morir de hambre. Los funcionarios públicos, como profesores, médicos y, de forma más abiertamente corrupta, la policía y los funcionarios que concedían licencias empezaron a pedir dinero por sus servicios, mientras se conseguían fortunas escandalosas en la banca y en el comercio de importación y exportación. Sin embargo, la pequeña economía armenia ofrecía menos oportunidades que Rusia

o Azerbaiyán para las corruptas privatizaciones extraordinarias. Como reza un dicho local, después de todo, Dios debe amar a los armenios: no les dio petróleo. A finales de la década de 1990, más de una tercera parte de la población del país se había marchado para buscar trabajo en otros lugares, y los envíos de dinero que hacían eran un importante factor para mantener a flote la economía nacional. Los que permanecieron parecían haber quedado inmovilizados por la conciencia de su impotencia colectiva para cambiar el estado de las cosas postsoviético. Desde las épicas cimas de la movilización patriótica de los años anteriores, Armenia parecía estar deslizándose hacia la apatía y el cinismo.

En 1998, en lo que supuso un incruento golpe militar, Ter-Petrosián fue depuesto por antiguos dirigentes de la guerrilla de la guerra de Karabaj, que instalaron en su lugar a Robert Kocharián, dirigente de la recién proclamada república del Alto Karabaj. (El actual presidente, Serzh Sargsián, también originario de Karabaj y antiguo comandante guerrillero, fue el jefe de su gabinete y ministro de Defensa). Comparados con los cultos nacionalistas liberales, estos veteranos eran más toscos y más provincianos, pero también más prácticos y fuertes. Consiguieron estabilizar el país después de las luchas políticas internas que culminaron en 1999 con el extraño asesinato de ocho destacados legisladores, incluyendo al primer ministro, Vazgen Sargsián, por parte de un pequeño grupo de pistoleros aparentemente trastornados que entraron en la Asamblea Nacional con las armas escondidas bajo sus gabardinas, sin ofrecer otra explicación más allá del deseo de acabar con «el dominio de las sanguijuelas». Resulta fácil de imaginar la clase de teorías conspiratorias que se pudieron generar con un episodio tan traumático.

Sin embargo, los veteranos de Karabaj finalmente solo consiguieron alejar a Armenia del precipicio. Diez años después, el mismo Ter-Petrosián intentó un regreso a la política reclamando haber ganado las elecciones presidenciales de 2008, a pesar de los resultados oficiales. Las protestas de la oposición, que alegaba fraudes electorales, eran habituales y habitualmente inútiles. Sin embargo, en 2008, los seguidores de Ter-Petrosián parecían ser inusualmente numerosos, iracundos y evidentemente envalentonados por el ejemplo de la Revolución Naranja en Ucrania, mientras que los veteranos de Karabaj estaban resueltos a demostrar que ellos tampoco eran unos Yanukóvich. En el consiguiente derramamiento de sangre perecieron ocho manifestantes y dos policías. Los armenios quedaron atónitos por este fratricidio. Ter-Petrosián regresó al aislamiento de su villa.

Ruptura con la vieja guardia

En 2008 empezó una nueva oleada de activismo social, aunque hasta ese verano quedó mayormente fuera del radar de los comentaristas políticos. Los jóvenes activistas insistían en mantener su distanciamiento de la política electoral con su corrupción, hipocresía y manipulación. Esto se convertiría en su gran ventaja moral. La oposición parlamentaria en Armenia incluye la habitual panoplia de partidos postsoviéticos: la intelectualidad nacional-liberal residuo de la era de la *perestroika*; vehículos de la oligarquía con denominaciones como «Prosperidad Nacional»; políticos patrocinados por la diáspora armenia en Estados Unidos bajo la reveladora rúbrica de la «herencia» y cuyo estilo no sorprende que sea completamente extranjero. Estos partidos solo tienen actividad durante las bien financiadas campañas electorales, cuando hacen grandilocuentes declaraciones en conferencias de prensa, pero por lo demás tienen poco peso en la sociedad armenia. Resulta elocuente que ninguno de ellos se haya mostrado capaz o dispuesto a abordar de una forma consistente las cuestiones planteadas por los nuevos movimientos sociales.

Después, por supuesto, está el «partido de poder» gobernante, conocido con el anodino nombre de Republicanos, que comprende básicamente a funcionarios de diverso tipo, hasta llegar a los hombres fuertes de los pueblos. Este partido tiene más consistencia, ya que sus miembros clave tienen arraigo local, son eminentemente prácticos y seguros de sí mismos y poseen, directamente o a través de familiares cercanos, todos los activos más importantes de sus respectivas ciudades y pueblos: tierra urbanizable y agrícola, bodegas y destilerías, estaciones de servicio, tiendas, farmacias y salones de belleza. Antes de cada proceso electoral indefectiblemente reparan las carreteras locales y las escuelas, pagan modestos complementos a los profesores y distribuyen sacos de azúcar y patatas a los ancianos. En resumen, como observaba con sarcasmo Alex Iskandarián, un comentarista político que reside en Ereván, el partido gobernante compra honestamente su voto popular. Si su militancia de referencia todavía parece distintivamente soviética, y a menudo impasiblemente provinciana, eso se debe a que la mayoría de ellos tuvieron en sus carreras la ventaja inicial de ser hijos de los directores de las granjas colectivas de la era soviética y de los aparatos juveniles del Komsomol. A principios de la década de 1990 muchos de estos prácticos emprendedores políticos lucharon en la guerra de Karabaj, donde forjaron la camaradería de los veteranos nacionalistas.

En su panteón ideológico, el partido gobernante ha situado a Garegin Njdeh –un revolucionario nacionalista que entre 1906 y 1921 se levantó en armas primero contra los turcos y después contra los bolcheviques– como un sustituto directo de Lenin y Stalin. Njdeh estuvo exiliado en Europa durante la década de 1930 y, siguiendo una popular tendencia de la época, se convirtió en fascista. Berlín, sin embargo, contaba con una alianza con la Turquía kemalista y mostró poco interés por sus proyectos. En 1944, la SMERSH, el organismo soviético de inteligencia durante el periodo de guerra, capturó a Njdeh en Bulgaria y le envió para ser juzgado a Ereván. Desde la cárcel escribió cartas a Stalin, viejo conocido de los años revolucionarios, argumentando que para Moscú resultaba conveniente enviarle a las comunidades armenias en el exterior de manera que pudiera rebajar las tensiones de la Guerra Fría. Apparentemente impresionado por los esplendores arquitectónicos estalinistas de Ereván, el envejecido nacionalista proclamaba ahora haber sido un defensor de la URSS. Sus peticiones quedaron sin respuesta y murió en 1955 todavía entre rejas. Irónicamente, el moderno culto a Njdeh se basa en parte en la reverente memoria de un veterano armenio del KGB, que en su juventud tuvo el honor de interrogar al indomable nacionalista.

Estas permutaciones de la ideología oficial después del comunismo son importantes para nuestro análisis en un aspecto fundamental. Hay un llamativo paralelismo entre Njdeh y Stepan Bandera, el icono del nacionalismo ucraniano de derechas, que acabó prevaleciendo en la rebelión del Euromaidán en 2013-2014. Pero en Armenia el propio partido gobernante ha reclamado la herencia del nacionalismo de entreguerras e involuntariamente desactivó su contenido instituyendo un tedioso culto oficial, mientras que toda la oposición parlamentaria ha buscado igualmente disfrazar su politiquería con una retórica nacionalista. Como resultado, la nueva generación que ha llegado a la mayoría de edad en la década pasada, aunque debidamente patriótica, se muestra mayormente desinteresada por esas ideologías. Los movimientos extraparlamentarios que surgieron en 2008 se sintieron libres para concentrarse en cuestiones sociales más acuciantes.

En primer lugar, los nuevos activistas tenían que ganarse el reconocimiento de sus conciudadanos. La búsqueda de cuestiones que tuvieran una amplia resonancia social –pero que también evitaran llevar al límite a los gobernantes– parece haberse realizado por el procedimiento de prueba y error. El primer éxito vino con una lucha por conservar edificios y

bulevares históricos codiciados por promotores inmobiliarios. Las tiendas de campaña levantadas por los manifestantes obtuvieron la simpatía de los residentes de Ereván, que valoran su cultura de paseos al atardecer. Unos cuantos años antes, las autoridades de la ciudad habían derruido un viejo y sobrepoblado barrio para dejar paso a paseos cubiertos de tiendas elegantes, provocando violentos enfrentamientos cuando mujeres mayores en una situación desesperada se plantaban delante de los equipos de demolición. Los residentes no se oponían a la renovación: muchos todavía vivían en casas viejas que carecían de los servicios más básicos. Protestaban contra la penosa compensación que se les ofrecía y contra la amenaza de una recolocación forzosa en la periferia de la ciudad. Esa batalla se perdió, pero dejó apasionados recuerdos de lucha que estaban presentes en el campo de tiendas de campaña, por muy festivo que pudiera parecer en la superficie. Esta probablemente sea la razón por la que el presidente Sargsián, a quien le gusta verse como un constructor de consensos, realizara una visita al lugar de la acampada y manifestase a los funcionarios que le acompañaban, lo suficientemente alto como para que fuera «casualmente oído» por los medios de comunicación: «Pero quedaría feo, ¿no?».

La acampada estableció una serie de importantes precedentes. Desde el principio se acordó que el alcohol estaría prohibido, se recogerían las colillas de los cigarrillos y se mantendría la limpieza. Para combatir el aburrimiento los manifestantes recurrieron a juegos populares, al ajedrez y al *backgammon*, o improvisaron conciertos, exposiciones y teatro callejero. Los transeúntes podían unirse siempre que tuvieran un comportamiento adecuado. A la policía también se la invitaba jocosamente a unirse, o por lo menos, serenamente, se mostraba que no se estaban produciendo alteraciones del orden público. El sentimiento étnico, tan importante en el pasado, se invocaba solamente para rebajar las tensiones y suscitar la solidaridad: «Todos somos armenios, aferrados al mismo pedazo de montaña, ¿no podemos resolver esta cuestión pacíficamente?». En conjunto, estas innovaciones constituían lo que los estudiantes del movimiento social llamaban «el repertorio de la contienda».

Evidentemente, Internet proporcionó nuevas herramientas de comunicación y coordinación. De nuestras observaciones se deduce que una elevada proporción de la gente que tomaba parte en las protestas eran profesionales de tecnologías de la información. Este sector ha estado creciendo rápidamente en Ereván a medida que se convierte en un núcleo de externalización para las multinacionales occidentales: los salarios de los

programadores armenios son muy «competitivos» incluso comparados con los de India. De diecisiete recientes iniciativas cívicas en Armenia, por lo menos diez utilizaban medios de comunicación sociales, principalmente Facebook. Las páginas web que se unían a la campaña, sin embargo, resultaron menos populares quizá porque parecían demasiado formales. El número de aquellos que seguían la campaña en Facebook creció constantemente desde 174 durante la primera batalla por salvar los árboles de un bulevar a 53.000 en el momento de las protestas por los precios de la energía en junio-julio de 2015.

Ereván es el hogar de alrededor de una tercera parte de los tres millones de personas que forman la población de armenia, pero, sin embargo, la ciudad está notablemente libre de delincuencia callejera, drogadicción y otros habituales problemas sociales, aparentemente porque está estrechamente unida por lazos familiares y redes de apoyo tanto locales como profesionales. Como resultado, las noticias socialmente importantes que se propagan por Internet se ven enormemente amplificadas por la transmisión directa entre familias, vecinos y amigos. Además, las fronteras de clase siguen siendo bastante permeables: en una reciente encuesta realizada por el Caucasus Research Resources Centre (CRRC), una abrumadora mayoría de los entrevistados manifestaban tener amigos cercanos y parientes que eran mucho más ricos o mucho más pobres que ellos. Etnográficamente, estas actitudes se podían observar en las cordiales o incluso joviales interacciones callejeras entre personas que no se conocían, un ejemplo de la clásica teoría de Durkheim de que una sociedad comprometida en un marcado conflicto externo alcanzará un elevado grado de solidaridad interna⁵. Y quizá los armenios simplemente están cansados después de décadas de fervor nacionalista, guerra, bloqueo y ruina económica: han tenido que sacrificarse y ahora simplemente quieren una vida más normal y digna. En cualquier caso, ese parecía ser el sentimiento que animaba a los nuevos movimientos de protesta.

El boicot a los precios de los autobuses

El paso adelante llegó en agosto de 2013 cuando los manifestantes demostraron ser capaces de desbaratar una subida del 50 por 100 de los billetes de los minibuses. La extensa red de transporte de la época soviética ha

⁵ Como señaló Eric Hobsbawm a partir de su experiencia personal en Irlanda del Norte, durante los «conflictos» un hombre mayor se sentía sorprendentemente seguro y cómodo allí, siempre que permaneciera lejos del frente de batalla.

desaparecido, reemplazada por monovolúmenes privados, la mayoría de ellos decrépitos cacharros que se mantienen funcionando con alambres y desechos de alfombras orientales. La tarifa estándar era de 100 drams, quizá 25 céntimos de dólar, pero en un país donde el salario medio mensual apenas llega a los 200 dólares, y muchos no tienen ningún salario en absoluto, elevar las tarifas a 150 drams significaba un desastre. Para colmo, el aumento de precios se impuso una mañana de verano sin aviso previo, con una vaga promesa de actualizar la decrépita flota. Grupos de bulliciosos jóvenes empezaron a aparecer en las paradas de los autobuses poniendo pegatinas con el mensaje «¡100 drams!» en las furgonetas y animando a los pasajeros para que no pagaran más de la antigua tarifa. Los activistas eran en su mayoría estudiantes, que se encontraban entre los más afectados por la subida de los precios; habían incubado la protesta a través de las redes sociales y en sus aulas. Su acción pronto creció como una bola de nieve. La ciudad bullía de rumores sobre célebres cantantes y atletas que se detenían para ofrecer viajes en sus coches. Esto creó una nueva moda urbana: los automovilistas privados se detenían en las paradas de los autobuses anunciando su destino y el número de plazas libres. Los conductores de los autobuses formaron un sindicato independiente que se puso del lado de los usuarios. Las abuelas traían comida a los manifestantes mientras que los hombres mayores dirigían bailes festivos y cantaban patrióticas canciones de la resistencia (¿de qué otra cosa iban a ser?). Finalmente Sargsián dijo algo definitivo al alcalde de Ereván, que desde luego se supo en todas partes. Al día siguiente, los residentes de Ereván se sorprendían al descubrir que habían ganado.

El éxito fomenta la emulación. Surgió una avalancha de movimientos que subrayaban otras cuestiones urbanas. Los conductores de taxis y los automovilistas privados empezaron a recorrer la ciudad haciendo sonar sus bocinas y ondeando banderas para desafiar las nuevas y draconianas multas impuestas después de la privatización de los controles de velocidad y de los aparcamientos. Se cruzó un umbral importante con la rebelión contra la «reforma» de las pensiones de principios de 2014: por primera vez los empleados públicos, que anteriormente se habían distanciado de las protestas temiendo por sus empleos, tuvieron una visible presencia. La atmósfera también era más airada, como se demostraba con la nueva táctica de arrojar calderilla a altos funcionarios, incluyendo al primer ministro. El resultado fue una victoria parcial, las autoridades retrasaron la puesta en marcha hasta una fecha futura. Resulta importante señalar que ninguna de estas movilizaciones tuvo conexión alguna con la oposición

parlamentaria ni con las ONG financiadas por Occidente, que se habían creado para promover la reforma del mercado y la consolidación democrática (individualmente, hubo activistas de las ONG que sí participaron). Nuestra investigación indica que los nuevos movimientos de protesta surgieron principalmente de discusiones personales entre gente de ideas parecidas; aunque los estudiantes universitarios también estuvieron implicados, la mayoría de los participantes tenían entre veinticinco y treinta y cinco años —es decir, demasiado jóvenes para haber participado en la guerra de Karabaj— y tenían diplomas universitarios, aunque de ninguna manera trabajos equiparables con su formación. Los núcleos organizativos solo se solapaban parcialmente: a menudo vimos que los principales organizadores de las nuevas protestas habían tenido un papel secundario en acontecimientos anteriores. El entorno de militantes locales y activistas de barrio que cuajó en 2008 fue seguido por crecientes redes de compromiso recíproco —«Voy a la manifestación, porque la gente decente a la que valoro también estará allí»— y por la aparición de un repertorio casi carnavalesco de acción colectiva no violenta.

La perspectiva de las fuerzas de seguridad es más difícil de valorar, pero la observación indirecta sugiere que también ellas estaban aprendiendo a no sobrereaccionar cuando se encontraban con nuevos manifestantes. Tampoco debemos olvidar la importancia tácita del «tercer elemento»: espectadores, transeúntes, pasajeros de los autobuses, aquellos que constituyen la opinión pública en una comunidad urbana. Ofrecemos una anécdota etnográfica de marzo de 2008, anterior al ascenso de los nuevos movimientos, en la estela de una excepcional confrontación violenta en torno a las disputadas elecciones presidenciales. Las tropas de soldados no profesionales del Ministerio del Interior, a las que se había ordenado establecer guardia en el perímetro de la principal plaza de Ereván, habían sido recibidas con flores por parte de los manifestantes. Sin atreverse a dejar sus puestos, pedían nerviosamente a las mujeres que pasaban que retiraran las flores. «De acuerdo, me las llevo», dijo una mujer, «pero solo si prometes no disparar a la gente». «Por supuesto, señora», exclamó el soldado con un marcado acento de pueblo, «¿cree usted que somos turcos?».

Barricadas en Bagramián

Después de esto, las razones de la explosión de este verano deberían estar claras. El 17 de junio de 2015, el gobierno aprobaba un aumento del 17 por 100 en el precio de la tarifa eléctrica (la empresa de propiedad rusa que

facilitaba el servicio había insistido en una subida del 40 por 100, supuestamente para cubrir costes). Varios cientos de manifestantes, unidos por el eslogan verdaderamente lacónico «*Dev em!*» —«¡Estoy en contra!»—, se reunieron por la noche cerca de la Casa de la Ópera, el lugar tradicional de Ereván donde se toleraban reuniones desde los días de la *perestroika*. Pero tras el momento cumbre en 1988 del movimiento Karabaj, el austero espacio anteriormente libre que había alrededor de la neoclásica Casa de la Ópera de la era de Stalin se había llenado —algunos dirían que maliciosamente— de brillantes máquinas recreativas, puestos de venta, cafés y aparcamientos. Los manifestantes parecían perdidos en medio de este bullicio comercial. Cuando todavía eran pocos, se trasladaron unos cuantos cientos de metros hacia la avenida Mariscal Bagramián, la principal arteria de la ciudad, más cerca del Parlamento y del palacio presidencial. Los residentes de la ciudad se enteraron inmediatamente de la protesta gracias al monumental atasco de tráfico que se produjo durante las horas punta. Curiosamente, pocos parecieron preocuparse por los inconvenientes. En un típico comentario, dos viajeras femeninas decían: «A las autoridades hay que enviarles continuos recordatorios, de lo contrario se sientan sobre nuestras espaldas».

Cuatro días después, en las primeras horas del 23 de junio, la policía antidisturbios dispersó la pequeña acampada con cañones de agua y realizó doscientas treinta y siete detenciones. Cuando las noticias se propagaron por los medios sociales, por emisoras alternativas y por el boca a boca, pareció que Ereván estallaba de indignación. Se levantó una barricada de contenedores cruzando Bagramián, según se nos dijo, a iniciativa de feministas de tendencia anarquista. En ciudades más pequeñas se celebraron marchas de solidaridad y, por primera vez en la reciente ola de protestas, acudió a la capital un gran número de simpatizantes desde los pueblos. A la vista de estas presiones, los detenidos fueron rápidamente puestos en libertad. Ahora muchos miles hacían guardia en la barricada del centro de la ciudad, entre ellos, muchos personajes conocidos. Dos mujeres jóvenes que participaban en la manifestación y que trabajaban como diseñadoras de interiores para la élite política decían en plan confidencial: «Tenemos que decorar sus casas y oficinas. No puedes imaginar con qué arrogante riqueza y chabacana fealdad tenemos que tratar, pero nuestro jefe nos dice que no podemos rechazar a esta gente porque son demasiado peligrosos». La propietaria de su pequeña empresa daba realmente a sus trabajadoras el permiso para unirse a la ocupación durante todo el día.

El éxito de los movimientos sociales abre el camino para otras formas de rebelión. La turbulencia de este verano en Armenia —más cercana

en este aspecto a la de Europa Occidental en 1968 que a las manifestaciones antisoviéticas de 1989– desafió los estereotipos tradicionales sobre el papel de la mujer en la sociedad. A principios de la década de 1990, durante la guerra de Karabaj, entusiastas actrices e imperturbables maestras pedían a las mujeres armenias que cumplieran su sagrado deber de dar más bravos hijos a la nación. Ahora, muchas jóvenes llevaban el pelo corto y camisetas con consignas progresistas (mayormente en inglés), mezclándose libremente con los hombres y enfrentándose directamente con la policía, que se mantenía en formación a poca distancia de la protesta. Este desafío a los papeles de género preocupaba mucho a algunos manifestantes de clase obrera, que se oponían a que las mujeres fumaran y vistieran «como putas», considerando que esto podía perjudicar a todo el movimiento. Los funcionarios del gobierno contribuyeron inconscientemente a superar esas divisiones al reprender a las chicas «que olvidan su modestia y sus obligaciones familiares». Semejantes críticas moralistas se percibieron totalmente ridículas y se contestaron con gritos de que las mejores novias de la ciudad eran las que se encargaban de las barricadas por la noche.

Mientras tanto, los intrusos que trataron de desplegar banderas de la Unión Europea o pancartas de los partidos de la oposición fueron abucheados y expulsados de la multitud ante la insistencia general de que la protesta era estrictamente en torno a un tema concreto. Los manifestantes parecían ser conscientes de las preocupantes señales procedentes de Moscú y cuidadosamente evitaban provocaciones al estilo del Euromaidán de Kiev. Los periodistas rusos fueron cordialmente invitados a compartir la comida armenia y a comprobar la naturaleza pacífica de la protesta. Quizá por extensión, los participantes también negaban vehementemente cualquier orientación izquierdista, insistiendo en que era una movilización de todos los armenios sin ninguna agenda política. De hecho, parecían ser solo vagamente conscientes de la historia política contemporánea. Después de todo, se trata de una generación postsoviética que creció en una época de declive de los niveles educativos y de una corrupta política oficial y, por ello, se muestra escéptica ante cualquier proyecto ideológico. Incluso si estos jóvenes con trabajos precarios pudieran considerarse como una «clase en ascenso», están lejos de constituir una «clase para sí». Resulta revelador que la reivindicación económica más clara propuesta en el transcurso de las protestas fuera realizada desde lejos por Serj Tankian, el cantante del legendario grupo de rock estadounidense System of Down, en el que todos sus miembros tienen ascendencia armenia. Su llamamiento para la

nacionalización de los servicios en Armenia bajo una estrecha supervisión pública recogió multitud de «Me gusta» en Facebook, pero nunca fue asumida como una reivindicación del movimiento.

El espacio de las protestas de Bagramián se convirtió en un destino seguro para los paseos al anochecer y para improvisados conciertos donde los padres podían llevar a los niños pequeños. De vez en cuando alguien agarraba el micrófono, se subía en un contenedor y lanzaba lo que era una incoherente perorata a la que nadie parecía prestar demasiada atención. En vez de ello, muchos preferían inspeccionar sus teléfonos móviles tratando de enterarse por medio de Facebook y de sus amigos que veían la televisión en sus casas lo que podía suceder a continuación. Los manifestantes, proclamando enérgicamente el carácter horizontal de su movimiento, no plantearon ninguna reivindicación más allá del original «¡Dev em!» y la consigna general «¡No al robo!». Las invitaciones que hizo Sargsián para que enviaran negociadores a su residencia oficial, a un centenar de pasos de Bagramián, fueron rechazadas por dos veces aduciendo que el movimiento no tenía dirigentes y en cualquier caso nada sobre lo que hablar: todo lo que se necesitaba era que se anulara la subida de los precios. Resulta bastante revelador que solamente un puñado de manifestantes podía decir cuánto costaba realmente su factura energética, ya que muchos de ellos confesaban francamente que la tarea de pagar las facturas del hogar correspondía a sus padres. Pero, no obstante, insistían en que su protesta era una cuestión de principios, y la simpatía de la mayoría de los residentes de Ereván parecía estar con ellos.

Finalmente, las autoridades mostraron más astucia que los manifestantes. Aprovechándose de la paranoia del Kremlin después de lo que había sucedido en Ucrania, el gobierno de Sargsián consiguió obtener un importante préstamo de emergencia de Moscú. El presidente anunció a continuación un compromiso: la cuestión de los precios de la electricidad sería examinada por un órgano independiente, que incluiría a representantes no especificados de la ciudadanía; mientras tanto, el presupuesto del Estado absorbería el aumento de los precios por razones de seguridad interna, con la justificación de que las protestas se habían convertido en un importante problema de seguridad. Al principio los jóvenes en las barricadas saludaron las noticias como una victoria, mientras que el resto de Armenia respiraba con alivio. El jefe de la policía, Vladimir Gasparián aprovechó la oportunidad para declarar que él se uniría al baile de celebración de la victoria del pueblo: eso sí, cuando el tráfico normal se hubiera restablecido en la avenida Bagramián⁶.

⁶ Provocando los celos sin disimulo de algunos políticos, Gasparián se convirtió en el personaje público más reconocible durante las semanas de la protesta. Ahora está pagando

De repente la que había sido una protesta orgullosa de no tener dirigentes pareció encontrarse perdida. ¿La victoria era real? ¿Quién podía hacer un llamamiento o sugerir los pasos siguientes? ¿Cómo se elegiría a los representantes que supervisarán la prometida auditoría de la compañía eléctrica, si es que realmente se les podía elegir? El movimiento había superado ampliamente sus informales núcleos originales de activistas vinculados por Internet y previsiblemente se dividió en las habituales facciones de *realistas* e *intransigentes*. Los primeros llamaron a una retirada ordenada al lugar original cerca de la Casa de la Ópera, donde una vez más parecían fuera de sitio. Los segundos permanecieron tenazmente en su posición cerca de las barricadas, a pesar de las advertencias del jefe de la policía, pero la energía se evaporaba de su campo. Una semana más tarde la policía acabó sin dificultades con la barricada de Bagramián.

¿Perspectivas?

Es demasiado pronto para decir cuál resultará ser el legado de las protestas de Ereván. A corto plazo, Sargsián se ha mostrado una vez más como un astuto conciliador. Su partido gobernante, con una renovada confianza en su habilidad para mantenerse en el poder, ha puesto en marcha reformas constitucionales que transformarán Armenia en una república parlamentaria. Esto se ve de manera general como una astuta maniobra para socavar a la ya menguante oposición oficial, desacreditada por su vacía grandilocuencia y su irrelevancia manifiestamente evidente durante las protestas del verano. En las elecciones parlamentarias, el partido de Sargsián presumiblemente explotará al máximo sus amplias redes de patronazgo y tendrá una buena oportunidad para monopolizar un sistema electoral mayoritario. El cartel de candidatos al Parlamento ha estado creciendo rápidamente con la expansión de una nueva clase dominante, cuyos miembros deben combinar la riqueza económica con la estatura política. Codician el estatus de miembros del Parlamento no solo por el consiguiente prestigio, sino también por las ventajas prácticas de inmunidad legal y acceso personal a los recursos del Estado.

Sin embargo, el éxito de este astuto plan no está necesariamente asegurado a largo plazo. En el abanico de las «democracias de imitación» postsoviéticas –desde el Turkmenistán de Niyazov a Lituania, por ejemplo– la versión armenia parece estar entre las más comedidas. En parte

el precio de semejante popularidad: potenciales suicidas en los muchos puentes sobre los desfiladeros de Ereván insisten en que vaya él personalmente para hacerles desistir.

esto se debe a factores objetivos: Armenia no tiene acceso al mar, es rocosa, carece de petróleo u otras fuente de rentas fáciles; geopolíticamente está aislada, encajonada entre la hostil Azerbaiyán y Turquía, con Irán y Georgia, sus otros vecinos, ofreciendo solamente una tibia amistad y sin fronteras comunes con Rusia, todavía su mayor aliado. Esta situación de asedio geopolítico sirve para disciplinar a la élite dirigente. Sin embargo, la mayor limitación para su comportamiento pueden ser sus propios ciudadanos, que en las décadas recientes han demostrado ser bastante rebeldes, capaces en ocasiones de un impresionante grado de solidaridad social. Pueden haberse resignado con la «democracia de imitación» simplemente por la falta de una alternativa creíble; los partidos de la oposición existentes, con su escasa atractiva mezcla de clamor patriótico y conservadurismo de libre mercado, no pueden, patentemente, ofrecer ninguna.

Casi por defecto –porque esta generación de armenios ha visto demasiado nacionalismo y ha oído demasiadas promesas de milagros del mercado, y porque la memoria del genocidio ha inspirado una sólida aversión hacia la violencia– puede haber un potencial para que surja un partido de oposición ampliamente progresista y democrático. A tenor de nuestras observaciones, los activistas sociales están empezando lentamente a percibir la necesidad de un partido semejante a la vista de sus recientes éxitos y fracasos. Sin embargo, no será algo fácil. Hay muchos que todavía parecen estar anhelando un mazo político cuando lo que realmente necesitan –y necesitan construir– es un motor fiable, atendido por cuadros eficientes, en Ereván y el resto del país, que pueda desafiar el control monopolista de las redes oficiales de patronazgo. Antes de que eso pueda suceder, habrá que superar muchas ilusiones; tendrá que haber un elevado grado de aprendizaje y reflexión. Los principales dilemas a los que se enfrenta Armenia en la región y en el mundo exterior –las relaciones con Azerbaiyán y Turquía; la dependencia política y económica de Rusia y de Occidente– no permiten soluciones fáciles. Las razones para el optimismo son principalmente internas al propio país: la llegada a la madurez de una nueva generación política y la habilidad que ha demostrado para movilizar las energías de la ciudadanía en general.

10 de septiembre de 2015